

EL SEXTO SELLO



Novela del Apocalipsis

Tomo III

Por Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

CRÉDITOS

EL SEXTO SELLO · TOMO III

Novela del Apocalipsis

Por Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

Edición revisada · Colibrí Editorial EGA

Ilustraciones de la edición · Colibrí Editorial EGA

© Colibrí Editorial EGA · Todos los derechos reservados

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL AUTOR: EL FINAL DE LA OBSESIÓN	6
CAPÍTULO 1: BAJO EL SOL OSCURO	8
CAPÍTULO 2: LOS SELLADOS	12
SÍMBOLO IX: EL SEXTO SELLO	16
CAPÍTULO 3: HARMAGEDÓN	18
CAPÍTULO 4: EL NOMBRE VERDADERO	21
SÍMBOLO X: LOS 144.000 SELLADOS	25
CAPÍTULO 5: LA PIEDRA BLANCA	26
CAPÍTULO 6: LA CAÍDA DE BABILONIA	30
SÍMBOLO XI: HARMAGEDÓN	34
CAPÍTULO 7: EL ÚLTIMO ENFRENTAMIENTO	35
CAPÍTULO 8: EL DÍA SÉPTIMO	39
SÍMBOLO XII: LA PIEDRA BLANCA	43
EPÍLOGO	45
NOTAS DEL AUTOR: LO QUE ES REAL Y LO QUE ES NOVELA	47

*«Aquí hay sabiduría. El que tenga entendimiento,
calcule el número de la bestia,
pues es número de hombre.
Y su número es seiscientos sesenta y seis.»*

— Apocalipsis 13:18



PRÓLOGO DEL AUTOR

El final de la obsesión

Esta obsesión también termina.

Durante años investigué el número 6: su gematría, sus manuscritos, sus dos lecturas —el 666 y el 616—, la herida mortal que sanó y el hombre que regresó. Esa investigación se volvió novela, y la novela se volvió dos tomos. Pero el 6 nunca fue el final.

Así que investigué el 7 como investigué el 6: el tell de Megido, donde veintiséis ciudades duermen una sobre otra; las tésseras partidas de los romanos; la piedra blanca con que votaban los griegos; y el año 536, cuando el sol se oscureció dieciocho meses y la humanidad creyó que el cielo se había roto. Procopio lo escribió. Los hielos de Groenlandia lo confirman.

El 7 es el número del descanso. Siete días, siete iglesias, siete sellos, siete espíritus ante el trono. El séptimo día Dios descansó de su obra, y el séptimo sello trae silencio al cielo: el único sello que no desata plaga, sino pausa. Investigué cada siete como

había investigado cada seis —en manuscritos, en piedras, en el polvo de Megido— y entendí que el Apocalipsis no termina con un grito. Termina con un reposo. Con un niño dibujando en la arena. Después del sexto sello, el cielo guarda silencio.

Este es el último libro. Después del 6, siempre viene el 7.

—Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

LIBRO TERCERO: EL DÍA SÉPTIMO



CAPÍTULO 1

BAJO EL SOL OSCURO

El sol salió sin luz.

Tres semanas después del gran terremoto, la atmósfera seguía cargada de polvo, y el sol colgaba sobre Roma como una moneda apagada. De noche, la luna subía teñida de rojo, toda como sangre, tras la misma cortina de ceniza.

Samuel Weiss leyó el versículo a la luz de una lámpara:

"Y miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre."

El gran terremoto había durado cuarenta segundos. Había partido ciudades, tragado puentes, movido islas de su lugar, como escribió Juan. Después vino el polvo, y el polvo no se fue. Los viejos decían que el cielo tenía el color de una fotografía quemada.

—Ya pasó —dijo Mara Vidal—. Lo vimos pasar. Y el mundo siguió

girando.

Esa era la parte terrible: el cielo se había roto según la profecía y, a la mañana siguiente, los escáneres de Meridian volvieron a encenderse en cada mercado del planeta.

Sin la marca, nadie podía comprar ni vender. El charagma —el grabado biométrico en la mano o en la frente— era la llave de la economía y la cadena del alma. Los marcados comían. Los demás aprendían a tener hambre o a esconderse.

Weiss, Mara y el cardenal Montanari se escondían en las catacumbas de San Calixto, entre nichos de mártires de dieciocho siglos. Allí latía la resistencia: mapas, radios de onda corta y la señal pirata de Mara, que cada noche se colaba noventa segundos en las pantallas del sistema.

—Noventa segundos para decir la verdad —decía Mara—. Hay que hablar rápido.

Montanari coordinaba la red de los sin marca desde su sotana raída. El Vaticano oficial había firmado su rendición; el Vaticano real estaba allí abajo, entre huesos de santos.

—Los ocho se han reducido a seis —dijo una noche—. Lundqvist y Rivas eligieron a Meridian. Baruch resiste en Jerusalén, El-Fasi en El Cairo, Okafor mueve refugiados por el Sahel, Ananda Siri esconde niños en Sri Lanka. Que Dios perdone a los que se fueron, porque el sistema no perdona.

Naomi Kahan estaba con ellos y no estaba. La Guardiania del Ciclo —ni humana ni bestia— se sentaba junto a las lámparas con la mirada perdida. La última noche del mundo antiguo, al abrirse el sexto sello, se había inclinado sobre Weiss y le



había susurrado el principio del nombre verdadero.

Dos sílabas. "E—". Nada más.

—¿Qué me dijiste, Naomi? —le preguntó una madrugada—. ¿Qué empieza con "E" y termina con el fin del mundo?

—Cuando lo sepas completo —dijo ella—, ya no habrá marcha atrás. Los nombres, una vez dichos, no se pueden desdecir.

Weiss la miró largamente. En dos tomos de historia la había visto mentir, callar, salvarlos y abandonarlos, y nunca había logrado odiarla. La Guardiania no era cruel: era antigua. Y lo antiguo no tiene prisa, porque ya vio el final más de una vez.

En una pantalla robada, el Orador imponía el orden de César: la bestia de dos cuernos como de cordero, que hablaba como dragón. Recorría las ciudades en ceremonias de marcado masivo, con voz dulce y ojos de reptil. Donde él pasaba, las filas se hacían más largas. Donde él hablaba, el miedo se volvía obediencia.

Las ceremonias se celebraban en los estadios. El Orador subía al estrado con las manos abiertas, hablaba de paz, de orden, de un mundo sin hambre, y la gente avanzaba hacia los escáneres como hacia un altar. Los que se resistían no eran arrestados: eran olvidados. Sin marca no había pan, ni medicina, ni techo. El olvido era la cárcel perfecta.

Y bajo las montañas, en la instalación que llamaban la Colmena, Ilya Sorokin —el ingeniero desertor, capturado— seguía vivo. Eso creían. Eso rezaban. Nadie sabía qué le hacía el núcleo de activación, el corazón biométrico del sistema.

La noche en que todo cambió, el Orador tomó todas las pantallas del planeta.

—Hermanos marcados —dijo, con su voz de cordero—. El señor César, el que fue herido y vivió, os convoca a la fiesta final. Todas las naciones, todos los ejércitos: al valle. Al monte de Megido. Allí lo adoraremos como merece.

Mara apagó la pantalla de un manotazo. Estaba pálida.

—Se están reuniendo —dijo—. Todos. En el mismo valle.



CAPÍTULO 2

LOS SELLADOS

"Vi a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz: No hagáis daño a la tierra... hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios."

Weiss leyó el capítulo 7 en voz alta, y en las catacumbas nadie respiró.

—El sello —dijo Montanari—. No la marca. El sello.

El cardenal sacó de su hábito un sobre de cuero negro,
gastado por décadas de ocultamiento.

—El Codex Vaticanus no contiene el Apocalipsis. En el siglo
IV, el cuaderno fue suprimido: arrancado. Yo lo vi una vez,
hace cuarenta años, en el depósito más hondo del Archivo, y
lo fotografié antes de que desapareciera de nuevo. El texto
faltante guarda el contra-ritual.

Montanari asintió, y sus manos temblaban sobre los negativos.
—una noche de 1987, con una cámara prestada y la
bendición de un archivero que murió al año siguiente. El cuaderno
faltante no se perdió: se escondió. Y lo que esconde es esto: la
forma de deshacer lo que Juan describió. El Apocalipsis trae el
veneno y el antídoto, pero el antídoto lo arrancaron.

Weiss tradujo los negativos en voz alta:

"La marca se recibe; el sello se elige. El que renuncie a la
marca en voz alta, y pida el Nombre, será sellado en la frente,
y la marca se volverá cicatriz..."

—Se puede rechazar —susurró Ananda Siri, llegada la víspera
por los túneles—. La marca se puede rechazar.

—Y ser sustituida —dijo Weiss—. Por el sello del Nombre.
Dos marcas. Dos dueños. Una frente.

Entonces llegó el doctor Amos Halevi. Entró guiado por Okafor,
con las botas cubiertas del polvo de Megido: arqueólogo de la
expedición del tell, marcado a la fuerza cuando Meridian
catalogó al personal de las excavaciones. Había desertado con
un hallazgo que no pudo dejar atrás.

Puso sobre la mesa un bronce del tamaño de una moneda grande,

partido por la mitad. Una téssera del siglo I.

—Tessera hospitalis —dijo—. Los romanos la partían en dos. El anfitrión guardaba una mitad; el huésped, la otra. Años después, el hijo del huésped presentaba su mitad, las dos encajaban, y la puerta se abría. Un contrato que ni el tiempo rompía. Miren la inscripción: PSEPHOS LEUKOS. Piedra blanca.

Halevi sostuvo las dos mitades juntas, sin unir las del todo.

—La encontraron en el estrato romano del tell, junto a una



lámpara de aceite y un dado de hueso. Dos mil años esperando que alguien entendiera para qué servía. Yo la entendí la noche que me marcaron a la fuerza: supe que necesitaríamos algo que ningún escáner pudiera leer.

Weiss sintió que el suelo se movía.

—Psephizo —murmuró—. "El que tenga entendimiento, calcule."

Votar con piedras. Contar con piedras. Los griegos absolvían con la blanca y condenaban con la negra. El que calcula con piedras blancas, absuelve. Juan lo sabía.

La habían marcado en los meses intermedios, cuando el sistema extendió el charagma a cuantos caían en sus manos. Mara volvió con ellos trayendo la marca en la mano.

Aquella noche se celebró el primer sellamiento. En la cripta más honda, Mara Vidal —la periodista marcada por el sistema— se arrodilló, renunció a la marca en voz alta y Montanari trazó el sello sobre su frente, pronunciando el Nombre.

El charagma de su mano palideció hasta volverse una cicatriz fina, inerte. Ya no era una llave. Era un recuerdo. Todos lloraron. Hasta Naomi, la que nunca lloraba, se llevó la mano a los ojos.

Uno por uno, los demás siguieron a Mara. En los túneles se corrió la voz: había una salida. No era huir del sistema: era dejar de pertenecerle.

—Doce mil de cada tribu —dijo Weiss—. Ciento cuarenta y cuatro mil. No es un censo, es una plenitud: doce por doce por mil. Y cada sellado puede sellar a otro. El sello se pasa de mano en mano, como las mitades de la téssera.

En los días siguientes, el rito corrió por la red como un incendio manso. Donde la marca había sido cadena, quedaba cicatriz. Donde había miedo, quedaba un nombre.

Pero Halevi, antes de partir al norte, retuvo a Weiss en el túnel.

—En Megido no solo encontramos la téssera —dijo—. Meridian excava de noche en el tell, buscando algo. Y el valle de Jezreel ya levanta polvo. El acero empieza a reunirse.



EL SEXTO SELLO

"Y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre" (Ap 6:12). En el año 536, el sol se oscureció de verdad: Procopio escribió que brillaba "sin fuerza, como la luna,

durante todo el año". Los hielos de Groenlandia guardan la ceniza de la erupción; los anillos de los árboles, dieciocho meses sin verano. Vinieron las hambrunas y luego la peste de Justiniano: el peor momento para estar vivo. El sol oscurecido de esta novela es ficción. El del año 536, no.



CAPÍTULO 3

HARMAGEDÓN

Har Megido. El monte de Megido.

Weiss lo vio desde la ladera sur y entendió por qué Juan había elegido ese nombre para el fin del mundo. El tell se alzaba sobre la llanura como una mesa puesta para un banquete de fantasmas: veintiséis ciudades enterradas una sobre otra, cinco mil años de piedra.

—La Vía Maris pasa por ahí —dijo Halevi—. Quien controlaba Megido controlaba el paso entre Egipto y Mesopotamia. Por eso todos vinieron a morir aquí: Tutmosis III en 1457 antes de Cristo, la primera batalla registrada; Josías, caído en 609 ante el faraón Neco; Napoleón en 1799; Allenby en 1918, con la última gran carga de caballería. Todos los imperios sangraron aquí. Y ahora viene el último.

El valle de Jezreel hervía. Desde la ladera, Weiss contó banderas de cuarenta naciones: tanques con el sigilo de Meridian junto a

blindados de ejércitos regulares que habían cambiado de amo sin cambiar de uniforme. Carpas, hospitales de campaña, cocinas: la logística de la adoración. Los convoyes de Meridian se movían como hormigas de acero y los drones subían en enjambres que oscurecían el sol ya oscuro. Al otro lado, las naciones marcadas traían sus ejércitos a la "fiesta de la adoración".

En el centro de la llanura, sobre una plataforma blanca, el Orador levantó las manos. Y el cielo respondió: el fuego cayó sobre las colinas, preciso, terrible, y la multitud rugió.

"Aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres" (Ap 13:13).

Mara, agazapada en una cueva con su equipo, sonrió por primera vez en semanas.

—Espejos orbitales —dijo—. Helióstatos en órbita baja, luz



solar concentrada. El "fuego del cielo" es un truco de feria con presupuesto militar. Y puedo probarlo.

Aquella noche, cuando el Orador invocó el fuego para la

ceremonia central, las pantallas del sistema parpadearon durante noventa segundos. Noventa segundos de verdad: Mara había colado en la red los manifiestos de compra, los correos de los ingenieros, la telemetría de los espejos. El mundo vio al mago sin manos, y el rugido de la multitud se quebró.

Entonces llegaron los sin ejército. Por el camino viejo subieron Baruch y los suyos; por el este, El-Fasi con una caravana silenciosa; Okafor y Ananda Siri, con niños sellados de la mano. Sin armas. Con las frentes selladas y piedras blancas en los bolsillos. Se plantaron en la ladera, frente a los ejércitos, y no dijeron nada.

Desde la plataforma, entre el humo de su milagro desenmascarado, el señor César avanzó hasta el borde. La herida mortal sanada. El que regresó. Su rostro llenó las pantallas que aún obedecían: el mismo de Atenas, el mismo de Patmos, sin una arruga más. Miles de rodillas tocaron el polvo a la vez, y el sonido fue como un trueno manso.

—Adoradme —dijo, con la voz de todos los imperios juntos—. Esta es la hora final. Arrodillaos.

Naomi tomó a Weiss del brazo. Sus dedos quemaban.

—Dilo —susurró—. Dilo antes de que él hable. Porque cuando él hable de verdad, el mundo se arrodillará.



CAPÍTULO 4

EL NOMBRE VERDADERO

Weiss cerró los ojos. Vio la cueva de Patmos y la palabra ARMA en tinta fresca. Vio a César en Atenas: "La Bestia no es un hombre. Es el deseo del hombre de ser Dios." Vio los cálculos: Nerón César, 666. Un emperador muerto hacía dos mil años. Y el número, vivo.

—El número nunca fue el nombre de un hombre —dijo Naomi, como si le leyera el pensamiento—. Fue el nombre de un hambre. Nerón fue su rostro más claro, por eso la gematría lo señaló. Pero muerto el rostro, el hambre siguió buscando boca.

—Por eso el 616 y el 666 daban el mismo hombre —murmuró Weiss—.

No importaba la lectura. El número no señalaba a Nerón: lo usaba como ejemplo. Como después usaría a otros. El dedo no era el hombre; era lo que el hombre señalaba cuando pedía rodillas.

—¿Cuál es el nombre? Termínalo. Me susurraste "E—".

La Guardiania pareció tener miedo por primera vez en dos tomos de historia. Se inclinó a su oído y completó el susurro:

—Ego. Yo.

El viento del valle se detuvo.

—El poder que exige adoración —dijo Naomi—. La voluntad de ser Dios. Ese es el nombre verdadero. No está en un trono: está en la primera persona del singular cuando exige ser adorada. Cada hombre que dijo "adórenme" lo llevó. Nombrarlo es empezar a deshacerlo, Samuel. Lo oculto tras números y emperadores es invencible; lo dicho en voz alta es una elección. Y las elecciones se pueden negar.

Weiss miró a Mara. La señal pirata estaba lista: noventa segundos, el mundo entero.

—Hazlo —dijo. Y habló a las pantallas, a los ejércitos, al valle—: El nombre de la Bestia no es César. No es Nerón. Es la palabra más corta de todas las lenguas: YO. Es lo que cada uno dice frente al espejo cuando exige ser adorado. Nómbrenlo.



Y rechácenlo. Un nombre dicho en voz alta ya no es un misterio:
es una decisión.

El efecto fue físico. En la plataforma, César se llevó las
manos a la cabeza y rugió, y las pantallas parpadearon. Los
drones titubearon como moscas aturdidas. Ser definido era una
jaula, y la Bestia acababa de ser definida ante miles de
millones de testigos.

—¡BASTA! —bramó César, y la herida de su costado palpitó—.
¡YO SOY EL QUE FUE HERIDO Y VIVIÓ!

—Sí —dijo Weiss, solo para el viento—. Ese es exactamente el
problema.

En el valle, alguien repitió la palabra. Luego otro. Luego
cien. "Yo." La dijeron riendo, llorando, como quien escupe
un veneno. Los sellados la dijeron como renuncia: "Yo... no."

En las ciudades, frente a los escáneres muertos, la gente se
miraba y la decía. Los noticieros la repitieron sin entenderla.
Los niños la cantaron como un juego. Cada repetición era una

piedra blanca cayendo en la urna: absolución, absolución,
absolución.

César levantó los brazos.

—Entonces arderéis con vuestro nombre. ¡ACTIVAD EL NÚCLEO!

La orden viajó a la Colmena. El núcleo de activación despertó:
la marca dejaría de ser llave para ser brasa, un hierro que
diría en cada cuerpo: eres mío.

Bajo la montaña, en la sala blanca del corazón de la máquina,
Ilya Sorokin abrió los ojos. Sonrió por primera vez en meses.

Y puso la mano sobre el corazón de la máquina.

LOS 144.000 SELLADOS



"Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil" (Ap 7:4). Doce mil de cada tribu: doce por doce por mil, la plenitud al cubo. La marca de la bestia se lleva en la mano o en la frente para comprar y vender; el sello de Dios, solo en la frente, para pertenecer. Dos marcas, dos dueños, una misma piel. El número no es un censo: es la promesa de que nadie que pida el sello quedará fuera de la cuenta.



CAPÍTULO 5

LA PIEDRA BLANCA

"Le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe."
(Ap 2:17.)

Lo leyeron en la cueva de la ladera mientras el valle temblaba con la orden de César. Halevi puso sobre la piedra su mitad de téssera; Montanari, un puñado de guijarros blancos del Cisón.

—Tessera hospitalis —dijo Halevi—. Dos mitades que encajan. El anfitrión guarda una; el huésped, la otra. Años después, el hijo del huésped presenta su mitad y la puerta se abre. Ningún escáner, ninguna marca biométrica. Solo el encaje.

—Y en Grecia los jurados votaban con piedras —añadió Weiss—.

Blanca: absuelvo. Negra: condeno. Psephizo: calcular, decidir.

"El que tenga entendimiento, calcule." Juan no pedía miedo.

Pedía piedras. El que calcula con piedras blancas, absuelve.

Repartieron los guijarros. Uno por uno —Baruch, El-Fasi, Okafor, Ananda Siri, Mara, Montanari, Halevi, Weiss— tomaron su piedra, cerraron los ojos y escucharon. Y cada uno oyó un nombre.

Ninguno lo dijo en voz alta: "el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe". Baruch lloró en silencio. Okafor besó su piedra.

El-Fasi sostuvo la suya contra la luz y juró que brillaba por dentro. Ananda Siri la guardó junto al corazón y no volvió a hablar en toda la noche. Montanari, el príncipe de la Iglesia caída, lloró como un niño: su nombre nuevo no era un título.

Era un nombre de pila, dicho con cariño.

Weiss sintió que el nombre nuevo le borraba, por fin, la palabra ARMA de la memoria: ya no era un arma. Era un huésped. Tenía una mitad; la otra lo esperaba.

—Falta uno —dijo Mara, mirando hacia las montañas—. El que está dentro.

En la Colmena, Ilya Sorokin caminaba por el pasillo blanco hacia el corazón de la máquina. Meses fingiendo obediencia, memorizando conductos, ganándose turnos: todo para este minuto. Llevaba en el bolsillo la piedra blanca de Halevi desde la noche en que desertó,



cuando el arqueólogo se la puso en la mano y le dijo: "Por si un día necesitas votar." Ilya había guardado el voto para el final. Los guardias dormían tras él con el gas de los conductos. Ilya ya no mataba.

El núcleo de activación era una esfera de luz fría donde giraban los nombres de todos los marcados del planeta, esperando la orden de volverse brasas. Ilya apoyó ambas manos sobre el cristal.

—Renuncio —dijo—. Renuncio a la marca. Pido el Nombre. Mi piedra es blanca.

Y en lugar de sabotear el núcleo, lo alimentó con el contra-ritual: introdujo en el corazón del sistema el código del sellamiento —la renuncia, el Nombre— y lo dejó correr por cada

circuito, cada satélite, cada escáner del planeta. La máquina construida para marcar se volvió, por un instante, un ángel con el sello del Dios vivo.

La sobrecarga empezó como un zumbido y terminó como un sol. Ilya no se apartó. Cuando la luz lo alcanzó, sonreía: en su mano, la piedra blanca que Halevi le había dado en otra vida. Su nombre nuevo lo supo solo él. Y le bastó.

La Colmena se apagó. Y en cada mercado, en cada frontera, en cada mano del planeta, las marcas palidieron. Cicatrices. Recuerdos. Las impuestas a la fuerza se borraron; las elegidas quedaron como advertencia visible. El sistema dejó de doler. Y al dejar de doler, dejó de mandar.

Mara recibió la última transmisión de Ilya, tres palabras hasta apagarse:

—Diles... que absolví.

Abajo, en el valle, los mercaderes empezaron a llorar.



CAPÍTULO 6

LA CAÍDA DE BABILONIA

"Y clamó con voz potente, diciendo: ¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia!" (Ap 18:2.)

Cayó en una hora. No con fuego, sino con algo más letal para un imperio: la indiferencia. Sin el núcleo, la marca era una cicatriz; sin la marca, los escáneres eran chatarra; sin los escáneres, la obediencia era optativa. Y la gente solo había

obedecido por miedo. Cuando el miedo terminó, la economía de la marca se desmoronó como un castillo de ceniza.

Los mercaderes salieron a las plazas con sus balanzas inútiles y lloraron, porque nadie compraba ya sus mercancías. Juan lo había visto todo, dos mil años antes, sin una sola hoja de cálculo.

Quemaron sus trajes en las plazas. Rompieron los escáneres a martillazos, no por rabia, sino porque estorbaban. "¿De qué me sirve?", gritaba uno, señalando un almacén lleno de créditos del sistema. "¿Quién me cambia esto por un pan?" Nadie respondía. El pan había vuelto a valer pan.

En Estocolmo, el doctor Emil Lundqvist —el físico ateo, el marcado que se había pasado al enemigo— subió a una azotea y habló a las cámaras:

—Yo construí el algoritmo. Yo diseñé la función que decidía quién comía. Hoy lo desmonto. —Levantó una tableta—. Las puertas traseras, el código completo, abierto. Que el mundo vea cómo se construye una jaula, para no volver a entrar en una.

Renunció a su marca en voz alta y pidió el sello. El pródigo había vuelto, y traía las llaves.

En Ciudad de México, Diego Rivas no habló: pintó. En una noche, murales de piedras blancas florecieron en cien ciudades. Firmó el último con su nombre viejo y escribió debajo: "Perdonen al



que pintó para el miedo. Ahora pinto para el descanso."

Y en Roma, el cardenal Montanari abrió los archivos. Salieron los negativos del cuaderno suprimido, el contra-ritual, la verdad sobre el Vaticanus. Mara lo transmitió en seis horas que el mundo vio sin parpadear: la confesión del milenio.

El Orador quedó expuesto en la misma transmisión: la voz dulce de cordero y el hablar de dragón, diseccionados ante miles de millones; el fuego del cielo, utilería. Sus fieles se apartaron en silencio, dejándolo solo ante las cámaras. No hubo linchamiento. Fue peor: hubo indiferencia. Intentó una última ceremonia en una plaza de Roma: subió a un cajón, abrió las manos, habló de paz. Alguien le tiró una piedra blanca. No para herirlo:

para absolverlo. Él la miró sin entender, y entonces entendió, y se echó a llorar como un niño. La multitud se dispersó en silencio y lo dejó solo con su llanto.

Babilonia había caído. Solo quedaba un deudor.

En Jezreel, los ejércitos se dispersaban bajo el sol apagado.

La plataforma estaba vacía. Y un hombre caminaba solo hacia el sur, al desierto de Judea, con la herida del costado latiendo de nuevo bajo la túnica.

Weiss lo vio partir desde la ladera. Tomó el Códice, se lo colgó al hombro y empezó a caminar tras él.

Solo quedaba un nombre por decir en voz alta. Y solo quedaba un hombre para decirlo.

HARMAGEDÓN



*"Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón"
(Ap 16:16): Har Megido, el monte de Megido. El tell guarda
veintiséis ciudades superpuestas; la Vía Maris pasaba a sus
pies. Allí venció Tutmosis III en 1457 a.C., allí cayó Josías
en 609, allí maniobró Napoleón en 1799 y quebró Allenby al
otomano en 1918. Cada imperio eligió el mismo campo para
demostrar su poder. La reunión final de esta novela es
ficción. El campo, no.*



CAPÍTULO 7

EL ÚLTIMO ENFRENTAMIENTO

Al sur del Mar Muerto, donde la tierra se rinde, César caminó dos días sin comer, y la herida del costado —la herida mortal que había sanado ante el mundo— sangraba de nuevo, porque la adoración que la había cerrado se retiró como la marea.

El desierto de Judea al atardecer es un horno apagado: la piedra devuelve el calor del día y el aire huele a sal y a tiempo. Weiss caminó con el Códice al hombro, siguiendo unas huellas que el viento borraba a sus espaldas, como si el desierto tampoco quisiera recordar.

Weiss lo alcanzó al atardecer.

—No traigo armas —dijo, dejando el Códice en el suelo—.

Traigo lo único que te puede matar.

Sin ejércitos ni pantallas, César era un hombre delgado con la túnica manchada. Pero sus ojos seguían siendo pozos.

—Te seguí por medio mundo —dijo Weiss—. En Patmos, en Atenas, en Megido. Siempre ofreciendo: mi silencio, mi miedo, las rodillas del mundo. ¿Qué ofreces ahora?

—Nada —dijo César—. Ya no me queda nada. Solo quedo yo.

—Entonces basta —dijo Weiss—. Porque traigo lo único que te puede matar.

—¿Y qué es?

—Tu nombre.

El valle contuvo el aliento.

—Te nombro, Ego. El que exige ser adorado. La voluntad de ser Dios. No un emperador, no un sistema: un hambre con forma de hombre. Y te digo lo que dos mil años no se atrevieron: no.

La palabra cayó sobre el desierto como una piedra en agua quieta. Y el mundo respondió: Mara había dejado una baliza en Megido, y la baliza repetía la señal por radios y de boca en boca. Baruch lo dijo en Jerusalén. El-Fasi en El Cairo. Okafor en el Sahel. Ananda Siri en los templos. Millones de voces:

"No te adoramos."

César se llevó las manos a los oídos, pero las voces venían de dentro: cada "no" le arrancaba un adorador.

—¡Sin mí no hay orden! ¡Sin mí, el caos!

—Cuenta —dijo Weiss—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Se detuvo. El silencio fue absoluto.

—¿Y el siete? No lo tienes. Nunca lo tuviste. El siete es el descanso, y tú no sabes descansar. La Bestia no puede contar



hasta siete, César. Se queda en seis, tres veces, como un animal enjaulado. Nosotros sí sabemos. Mira.

Y contó en voz alta, despacio, como a un niño:

—Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete.

Al decir "siete", algo se rompió en los ojos de César. No murió: fue peor. Dejó de importar. Se adelgazó contra el

atardecer, se volvió y caminó hacia la nada salada, murmurando su propio nombre para sí mismo —el único adorador que le quedaba— hasta que el polvo lo borró.

La Bestia no murió. Peor: dejó de importar.

Weiss cayó de rodillas. Una mano ligera como ceniza tocó su hombro. Naomi.

—Se acabó —dijo, sonriendo sin tristeza por primera vez—.

Mi tarea era preservar el ciclo en cada generación. Pero esta vez lo dijiste en voz alta, y lo grabaron, y lo repetirán los niños. Ninguna generación tendrá que redescubrirlo a ciegas. El ciclo se rompe aquí.

—¿A dónde vas?

—A descansar. Nunca fui humana, Samuel. Tampoco fui bestia. Fui la memoria. Y la memoria, cuando la historia aprende, puede dormir. —Le tocó la frente, donde el sello ardía tibio—. Cuida el siete.

—¿Te volveré a ver? —preguntó Weiss, odiando la pregunta.

—Cada vez que alguien diga el nombre en voz alta y lo rechace —dijo ella—. Cada vez que una piedra blanca caiga del lado de la absolución. No estaré yo. Estará lo que enseñé. Es mejor.

La luz del atardecer la atravesó. Y Naomi Kahan, la Guardiana del Ciclo, se deshizo en el aire del desierto como sal en agua, sin dolor, sin ruido, en paz.

Weiss se quedó solo con el Códice, las piedras y el viento. Entonces, sobre el paraje vacío, cayó el silencio. No un silencio cualquiera. El silencio.

El séptimo sello se abrió. Y hubo silencio en el cielo.



CAPÍTULO 8

EL DÍA SÉPTIMO

El silencio duró lo que dura un amanecer.

Weiss lo sintió en los oídos: el zumbido de meses de guerra apagándose. Y lo vio en el cielo: el polvo cedía, y por el este subía una luz que no era gris. Era dorada.

El séptimo día había llegado. El día del descanso.

En el valle de Jezreel, los últimos convoyes se oxidaban en silencio. Nadie los reclamó. La llanura volvió a ser lo que fue antes de los imperios: tierra, viento, olivos. Los arqueólogos —los de verdad, los que no buscaban armas— volvieron al tell con brochas y volvieron a contar estratos, despacio, hasta siete y más allá.

Caminó al norte durante días. En los mercados, los escáneres servían de perchas para la ropa. La gente intercambiaba pan por trabajo sin marcas que mediaran. En los bolsillos, piedras

blancas.

El número se desvanecía. De las pantallas, donde nadie lo programaba. De la piel, donde las cicatrices se volvían pecas. Del miedo, el único archivo donde un número vive para siempre. Los niños preguntaban qué era "seiscientos sesenta y seis" y los mayores se encogían de hombros: "una época en que tuvimos miedo".

Montanari celebró la primera misa del descanso en las catacumbas,



con las puertas abiertas y el sol de verdad volviendo poco a poco. Baruch enseñó a sus nietos a partir una téssera en dos. Mara volvió a la radio, y su programa duró lo que quiso. Halevi regresó a Megido y enterró su mitad de téssera junto a la otra,

dos mil años después, para que encajaran al fin bajo la tierra en paz.

Weiss guardó el Códice en su mochila. Ya no pesaba como un pecado. Pesaba como un libro.

La última tarde, en una playa sin nombre del Egeo —cerca de Patmos, donde todo empezó—, vio a un niño dibujando en la arena con un palo. Un 7, de líneas chuecas, orgulloso.

—¿Qué es? —preguntó Weiss.

El niño lo miró como a un adulto que pregunta tonterías.

—Es el día en que descansamos —dijo. Y siguió dibujando, ajeno a los imperios, a las bestias, a los sellos.

Weiss se sentó en la arena y lloró, por fin, sin amargura. El mar sonaba igual que el primer día. El cielo era azul.

Y el número, al fin, descansó. Porque después del seis, siempre viene el siete.



LA PIEDRA BLANCA

"Le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito" (Ap 2:17). Los romanos partían sus tésseras de hospitalidad en dos mitades que solo encajaban entre hermanos;

los griegos absolvían con piedras blancas y condenaban con negras. Y psephizo —el verbo de Apocalipsis 13:18— significa calcular con piedras, votar, decidir. El misterio pedía ser calculado, no temido. El que calcula con piedras blancas, absuelve. La absolución estuvo siempre escondida en el verbo.



EPÍLOGO

Años después, un anciano se detenía cada mañana ante una vitrina del museo. Dentro, sobre terciopelo oscuro, descansaba el Códice de Patmos. La tarjeta decía: "Apocalipsis, copia copta, siglos III-IV. Donado por S. W."

Era Samuel Weiss. En el bolsillo llevaba una piedra blanca, gastada de tanto tocarla. Nunca había dicho su nombre nuevo en voz alta. No hacía falta.

Una mañana, un estudiante se detuvo junto a él.

—Oiga, ¿es verdad lo del número? ¿Lo del seiscientos sesenta y seis?

Weiss sonrió. Había respondido cien veces, y cada vez de otra manera, porque cada vez era verdad de otra manera.

—El 666 no es un número —dijo—. Es un espejo. Durante mucho tiempo mostró un rostro con hambre de ser adorado: imperios,

sistemas, hombres que querían ser dioses. Mostró, si somos honestos, nuestra propia cara.

—¿Y ahora?

Weiss miró la vitrina: el pergamino, la mitad de téssera donada por Halevi, la luz mansa de la sala.

—Ahora el espejo muestra un rostro en paz —dijo—. Mírate. Ese eres tú, si decides descansar.

El muchacho se miró en el vidrio, confundido, y sonrió sin entender del todo. Weiss se quedó un rato más, con la mano en el bolsillo, tocando su piedra.

—Oiga —dijo el muchacho, ya alejándose—, ¿y si vuelve? El número, digo. ¿Si vuelve?

Weiss tocó la piedra blanca.

—Entonces lo nombraremos otra vez —dijo—. Ya sabemos cómo. Los espejos no muerden cuando sabes que son espejos.

Afuera entraba el sol de verdad. Era el séptimo día, otra vez. Siempre era el séptimo día, para quien sabía contarlos.

NOTAS DEL AUTOR

Lo que es real y lo que es novela

Esta novela se construyó sobre investigación real. Para que el lector distinga la historia de los datos, dejo aquí lo verificable:

- Apocalipsis 6:12-17: el sexto sello trae gran terremoto, el sol negro como tela de cilicio y la luna toda como sangre.
- El sol oscurecido del año 536 d.C.: Procopio escribió que el sol brillaba "sin fuerza, como la luna, durante todo el año"; Casiodoro describió un sol azulado sin sombra. Los núcleos de hielo de Groenlandia guardan la ceniza de la erupción y los anillos de los árboles muestran dieciocho meses sin verano, cosechas perdidas y hambruna. Después llegó la peste de Justiniano (541).
- Apocalipsis 7: el ángel con el sello del Dios vivo, los 144.000 sellados, doce mil de cada tribu.
- Apocalipsis 2:17: la piedrecita blanca con el nombre nuevo.
- Las tesserae hospitales romanas: fichas partidas en dos mitades que encajaban entre anfitrión y huésped.
- El voto griego con piedras: blanca para absolver, negra para condenar; de ahí psephizo, el verbo de Apocalipsis 13:18.
- Har Megido (Ap 16:16): el tell, la Vía Maris, la puerta y el túnel de agua; Tutmosis III (1457 a.C.), Josías (609 a.C.), Napoleón (1799) y Allenby (1918).
- Apocalipsis 18: "¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia!", y el llanto de los mercaderes.

- Victorino de Petau (†304): el comentario latino más antiguo del Apocalipsis que se conserva.
- El Codex Vaticanus (siglo IV) no contiene el Apocalipsis.
- Apocalipsis 8:1: al abrirse el séptimo sello, "hubo silencio en el cielo como por media hora".
- El "Nerón redivivo": la leyenda de que Nerón no había muerto y regresaría de oriente, viva en Roma durante siglos.

Lo que es novela: los personajes (Weiss, Naomi, César, Montanari, Mara Vidal, Ilya Sorokin, el Orador, el doctor Halevi y los marcados), Meridian y su marca biométrica, la Guardiania del Ciclo, el Códice de Patmos, el cuaderno suprimido y el contra-ritual, la téssera de Megido, el núcleo de activación y todos los eventos narrados. La trama es ficción; los datos, no.

—Esteban G.A.

FIN DEL TOMO III



Después del seis, siempre viene el siete.



El desenlace final:
el último sello está por abrirse y el
destino de la humanidad pende
de un hilo.

Cierre de la saga apocalíptica
de Esteban G.A.



Colibrí Editorial EGA